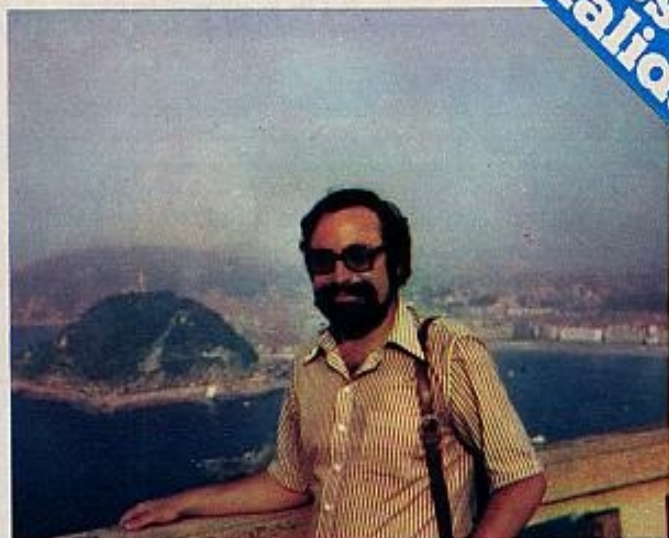


"PANFLETO CONTRA EL TODO"

IGNACIO SOTELO



Fernando Savater: entre lo utópico y lo reaccionario.

¿QUE ES UN PANFLETO? El concepto de panfleto es ambiguo. Originariamente significó cualquier publicación pequeña que cabe en la palma de la mano. El tamaño de un escrito determina temática y forma de tratarla, en este caso, también la cantidad conlleva diferencias cualitativas. La obra voluminosa, resultado de un esfuerzo que ha consumido años, supone la integración plena en una tradición "científica" o "filosófica", que se sobrentiende "objetiva" y "valiosa". La opinión individual o el azar biográfico se retiran para dejar paso a la "verdad objetiva". En rigor, sólo en el recogimiento del convento o de la Universidad, forma secularizada del claustro, pudieron escribirse tales mamotretos. Su contenido encaja en las premisas ideológicas de la institución de donde proviene, a la vez que va dirigida a un lector ubicado en la misma o parecida institución. En cambio, en el folleto, panfleto o libelo —abundan las denominaciones para referirse a estos escritos breves, redactados de un tirón en unas cuantas semanas—, lo que importa es la voluntad personal de expresión, sin andarse por las ramas. No es extraño que este género que aporta la burguesía revolucionaria del XVIII —se mueve en otra órbita ideológica y recurre a otros medios expresivos— parezca al público de las viejas instituciones conventuales o universitarias, maledicencia resentida de los que no han logrado institucionalizarse. Surge así esta segunda acepción, hoy predominante, del panfleto o libelo, como escrito dictado por el odio y los prejuicios.

Retengamos lo esencial: el panfleto es un género moderno; cabría incluso decir que el género burgués por antonomasia. Nace de la libertad de prensa, arrancándola a estirones, y se dirige al nuevo consumidor de lecturas inespecíficas que ha creado la sociedad burguesa en su empeño de universalizar la escuela y de vender todo lo vendible. La única condición que se exige es que se lea tan de prisa y con tan poco esfuerzo como se escribió. En una sociedad como la española, falta de una tradición burguesa revolucionaria, en la que la libertad de expresión ha estado casi siempre cercenada, y en la que ni siquiera las débiles clases medias cayeron en el nefando vicio de la lectura, al panfleto hay que recibirlo con alborozo: además de agrandar el espacio de la libertad de expresión, nos ayuda a repensar lo que parecía indiscutible. No existe una cultura viva sin una buena porción de iconoclastas en sus flancos.

Decíamos que el panfleto surge en el XVIII con el ascenso revolucionario de la burguesía, pero llega a su punto culminante en el XIX.

Carlos Marx y Federico Nietzsche son, tal vez, los mejores panfletarios de todos los tiempos. No es que su obra se reduzca a panfletos, pero han escrito algunos de los mejores: "El manifiesto comunista", "Más allá del bien y del mal". Nos llevaría muy lejos, pero sobre todo a otros andurriales, hacer explícito el porqué, justamente, ambos pertenecen por entero a la cultura alemana. La cuestión es tan compleja como apasionante. Dejémosla para mejor ocasión; ahora basta con indicar que el panfleto llega a su apogeo, allí donde la ciencia institucionalizada en la Universidad alcanzó también las cotas más altas. La relación entre panfleto y ciencia institucionalizada contribuyó al florecimiento de ambos. En cambio, entre nosotros, la mayoría de las publicaciones con títulos científicos no son, en rigor, más que panfletos, en el sentido original del vocablo, es decir, escritos breves, redactados a gran velocidad, donde el autor, según la demanda del mercado, mezcla en fácil bati-burrillo informaciones de segunda mano y recuelos de lecturas precipitadas, con intuiciones, denuncias y agobios personales. El panfleto, como sustituto de una ciencia institucionalizada, es cosa bien distinta que su réplica.

SAVATER, PANFLETARIO Fernando Savater, todavía en esa envidiable edad en la que los panfletos salen airoosamente de la pluma, acaba de publicar uno que, paradójicamente, ha titulado "Panfleto contra el Todo". Cuando el género se incluye en el título, suele ser señal de que se trata de otra cosa. La desconfianza que despierta el que el autor llame panfleto a su panfleto no permite, por muchas vueltas que se le dé, llegar a otra conclusión: se trata, ciertamente,



"PANFLETO CONTRA EL TODO"

de un panfleto, en cualquiera de las acepciones posibles, contra la filosofía política de Occidente, con una intención política bien precisa de disuadirnos de hacer política al ponernos en guardia contra los políticos, la política y todo lo que, de lejos o de cerca, tenga que ver con el poder y con el Estado.

Savater en su panfleto toma partido por uno de los grandes panfletarios alemanes, Federico Nietzsche, contra el no menos famoso Carlos Marx. El lector ya se ha aburrido lo suyo con la legión de panfletos marxistas contra Nietzsche; no crea que la nueva moda de criticar a Marx desde Nietzsche le va a resultar más divertida. Si hiciese furor el tema, que bien pudiera ocurrir, los editores ya se encargarán de resucitar una enorme literatura nietzscheana que, a comienzos de siglo, puso de vuelta y media al "socialismo gregario" y "al marxismo dictatorial". Cuando la filosofía académica —por ejemplo, Alfred Schmidt— se pregunta por las razones y sinrazones de Marx y de Nietzsche y se afana en explicar la aparición intermitente de ambos, cual si se tratara de los dos polos que cierran la escala del pensamiento occidental, los panfletarios de turno siguen amarrados a la vieja disyuntiva: Marx contra Nietzsche o Nietzsche contra Marx.

El panfleto, como la poesía, únicamente se justifica por su irreplicable originalidad. Si no llega a tan difícil altura, no pasa de ser un subproducto cultural, que ocupará mayor espacio cuanto más palpable sea la falta de una ciencia institucionalizada seria. Una cosa es el panfleto como género iconoclasta en un medio cultural altamente creador, y muy otra el panfleto como subproducto de un medio subdesarrollado.

Las críticas resbalan sobre el panfleto cabalmente original. Al encontrarse el lector con una perspectiva y un lenguaje desconocidos, no puede más que entregarse rendido o indignarse furiosamente. Lo que define al auténtico panfleto es que exaspera o domina, se repudia con vehemencia o se acepta con veneración. En cambio, el panfleto como subproducto del subdesarrollo cultural aburre profundamente: conocemos de antemano el hilo de la argumentación, lo mismo da si es marxista o nietzscheano, y aún podríamos determinar sin demasiada dificultad las coordenadas sociales e ideológicas en las que surgió. El juego más inteligente de Savater consiste en incluir el argumento contrario a su argumentación, pero, claro está, sin considerarlo en serio; tampoco se trata de hacer una modesta contribución científica. El panfleto de marras, cargado de lugares comunes y de no pocas contradicciones, se desliza así por la vía más antipanfletaria, pero mucho más inteligente de la ironía. Lo que más interesa del "Panfleto contra el Todo" son las páginas que pueden leerse suponiendo que el autor tampoco se las toma demasiado en serio. El marxismo, con su afán científicista, siempre permite un mediano pasar; el egocentrismo nietzscheano, cuando no llega a la dimensión trágica de su modelo original, suele quedarse en la caricatura del ridículo y de la pretenciosidad, algo así como un sucedáneo para bajitos de cuerpo y de espíritu que quieren pasar por grandes.

¿QUE ES EL TODO?

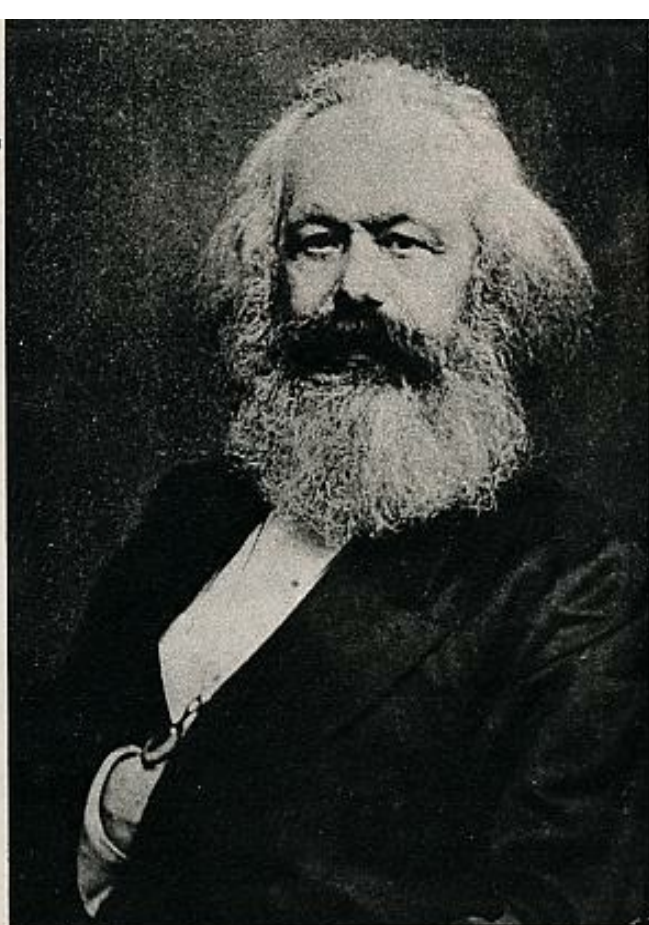
Se trata, pues, de una diatriba contra el Todo, así, con mayúscula. A Savater le atraen las mayúsculas —el Todo, la Verdad, la Razón, el Capital, el Pueblo, el Individuo, la Igualdad, la Justicia— como a los románticos los puntos suspensivos. Claro que como todo es Todo —falacia del Todo—, la abundancia de mayúsculas remite siempre a uno y lo mismo, al Todo. A no ser porque la brevedad es consustancial con el panfleto, no se entiende por qué el autor, en el capítulo que trata de las falacias del Todo, no se extiende a todo, es decir, a cada uno de los conceptos políticos en uso: en una nueva edición, y dando cuerda a la misma argumentación, puede añadir la falacia de la Democracia, la falacia

de la Armonía, la falacia de la Jerarquía, etcétera. Lo que más se echa de menos, en todo caso, es la falacia de la Libertad. Nos hubiera gustado ver al artista saltar sobre su propia sombra.

Lo malo es que el lector se queda sin saber qué o quién es el Todo. El Todo no es un eufemismo para llamar al poder, sino el portador del poder. "Del Todo sabemos una cosa decisiva: suyo es el poder". El Todo tampoco es el Estado, ¿por qué habría entonces que llamarle Todo?; el Estado es tan sólo "el lugar donde debe efectuarse la denuncia del Todo". "El Todo es plural y uno; necesita la pluralidad para funcionar, la unidad para eternizar su orden". Por lo menos el lenguaje nos es conocido: proviene de la metafísica tradicional que en Occidente sostiene la Teología. Barruntamos que el Todo es el "Dios muerto", su forma secularizada de existir. Lo que antes era objeto de adoración, lo es ahora de odio y de repulsa: Dios como fundamento de la libertad, Dios como negación de la libertad. Es el canto luciferino contra el poder del Todo, contra la omnipotencia divina. Negar que existe el Todo, como negar al Diablo, es el mejor servicio que se puede hacer al Todo. Savater necesita al Todo para que su revuelta sea universal, pero es muy consciente de que su ataque magnifica al Todo que quiere destruir. Nada más teológico que la literatura satánica, pero como toda teología, enormemente frágil para el que no está dispuesto a creer. No cabe demostrar la existencia del Todo, simplemente se experimenta, como dragón de mil cabezas, en cada una de las esferas de nuestra vida diaria. El que no lo percibe es signo claro de que ha sido absorbido por el Todo, de que forma parte indisoluble de él. En el fondo, no existen más que dos tipos de hombres: "los esclavos", al servicio del Todo, que viven de y para el Todo, y el puñado de "hombres libres" en lucha perpetua contra el Todo.



Federico Nietzsche, en 1867, a los veintitrés años: un gran panfletero en *Más allá del bien y del mal*.



Los panfletarios de turno siguen amarrados a la vieja disyuntiva: Marx contra Nietzsche o Nietzsche contra Marx. En la foto: el autor de El Capital.

UN FASCISMO REJUVENECIDO No vale la pena argumentar contra teologías, máxime cuando el autor, feliz él, no ha sentido la necesidad de darse un garbeo por la filosofía analítica y descubrir, en el análisis del lenguaje, el sinsentido de su juego diabólico sobre el Todo. De poco sirve poner de manifiesto el carácter teológico del panfleto que comentamos, cuando, en política, la eficacia de la teología resulta innegable. Carl Schmitt, en su "Teología política" (1922), ya escribió que "todos los conceptos relevantes de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados". El poder absoluto que reclama el Estado —para Schmitt no hay otro Estado que el "Estado total", el llamado "Estado de derecho" es una ficción, que como jurista se encargó de desmontar en teoría, preparando el terreno a la horda nazi— no es más que el poder divino secularizado. El monismo en religión y filosofía son los precursores directos del Estado moderno, piensa Carl Schmitt, y lo repite decenios más tarde su discípulo "malgré lui" Fernando Savater.

Frente a la siempre amenazante "guerra de todos contra todos", el fascista afirma el poder total del Estado como única posibilidad de mantener el "orden". El anarquista concibe igualmente al Estado como un poder totalitario, que es preciso arrancar de raíz en todas sus formas. Fascistas y anarquistas coinciden en desenmascarar la dialéctica sociedad-Estado como pura ficción, así como ficticias serían las instituciones democráticas encargadas de controlar y de repartir el poder estatal. El Estado es siempre totalitario: es la premisa común de que parten fascistas y anarquistas, unos para idolatrarlo, los otros para combatirlo. Los fascistas luchan para que el Estado que en esencia es totalitario se configure como tal. La libertad la conciben únicamente por y para el Estado: todo dentro del Estado, con el Estado y para el Estado; nada fuera del Estado. El anarquista, que también se empeña en ver en cada Estado un Estado totalitario, no concibe otra libertad que allí en donde ha desaparecido el Estado. La consigna reza ahora: todo fuera del Estado, todo contra el Estado.

Fascistas y anarquistas parten de una misma teología del Todo, del poder y del Estado, para sacar conclusiones polarmente opuestas. Su innegable simetría en la argumentación comporta, sin embargo, una cierta complementariedad. Carl Schmitt no toma en serio, como posición antitética consecuente, más que al anarquismo. Fernando Savater, al escribir su panfleto, se descubre defendiendo posiciones cercanas a las fascistas: el pensamiento de extrema derecha ha formulado mil veces sus "falacias del Todo". Convencido de la verdad de su teología, tiene el coraje de afrontar a pecho descubierto estas concomitancias. Ya se sabe que "la verdad es siempre trágica", que "sólo lo negativo es teóricamente válido".

Pero hay un anarquismo rousseauniano, que cree en la bondad natural del hombre, en la libertad e igualdad constitutiva de lo humano, que la civilización, la propiedad privada y el Estado habrían corrompido, y un anarquismo, que se inspira en Max Stirner y en Federico Nietzsche, que proclama el poder, la fuerza —el "dominio", dice Savater— del individuo como aspiración última, distinguiendo, por tanto, desde el principio entre "fuertes" y "débiles", "libres" y "resentidos". La "libertad" es entonces el privilegio de unos pocos, lo suficientemente "fuertes" como para arriesgarse a vivir en libertad; la muchedumbre de "débiles" prefiere agregarse al rebaño, proclamando la "igualdad de todos", igualmente "esclavos" en su dependencia del Todo. En este segundo tipo de anarquismo nietzscheano, las connotaciones fascistas son frecuentes y predominantes. Así Savater no sólo roza, sino que a menudo cae en un vocabulario abiertamente fascista. La "revolución" a la que anhela nos la presenta como "una de las grandes aventuras del día, no apoyada por ninguna necesidad histórica ni ética, sino por la propia decisión creadora", logrando reunir en una línea todos los mitos fascistas de "aventura", "riesgo" —"vivir peligrosamente"—, "más allá de la historia y de la ética", en un irracionalismo tan absoluto como irresponsable, en el que no queda más que "la propia decisión creadora". Quién iba a pensar que el viejo "decisionismo" de Carl Schmitt que, por vía Max Weber proviene también de Nietzsche, después de haber iluminado a unos pocos intelectuales de la Falange eterna, en aquella década tan llena de riesgos y de aventuras como fueron los cuarenta, se presentaría como novedad en la España posfranquista.

Sería tan falso como irresponsable tomar el panfleto de Savater como simple juego intelectual, que aspira a "épater le bourgeois". Cuando todavía estamos a tiempo, es preciso denunciar los contenidos fascistas de estos "revolucionarios" que se consideran más allá de la izquierda y de la derecha. El fascismo se presenta siempre tan "antisocialista" y "antimarxista" como auténticamente "revolucionario", pero con una concepción tan peculiar de la "revolución" que termina sirviendo a los intereses más reaccionarios. En el panfleto de Savater cabe detectar elementos puramente utópicos con otros claramente reaccionarios. En esta mezcla, típicamente fascista, sólo los elementos reaccionarios terminan por ser operativos.

No hay mitología influyente que no sea expresión de un problema real. El "Panfleto contra el Todo" mitifica —de ahí su peligro— la cuestión básica del capitalismo tardío: el aumento creciente del poder burocrático. Urge tanto un conocimiento cabal del proceso, como una política adecuada para transformarlo en uno de sentido inverso, democratización creciente de la sociedad y del Estado. Ello supone elaborar una **teoría socialista del Estado**, que no caiga ni en el totalitarismo leninista ni en el anarquismo implícito de Marx. El tema es fundamental si queremos defender una libertad personal y una libertad política, siempre limitadas y siempre amenazadas, pero que aprendemos a valorar cuando las hemos perdido. Una cosa, por lo menos, tiene que quedar clara: el no distinguir entre el Estado totalitario y el Estado democrático lleva ya en su seno el morbo del totalitarismo. ■ I. S.